

La transición demográfica y el crecimiento cero de la población mundial

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO (*)

Se estima que a mediados de 1984 —como muestra el cuadro 1—, la población total del mundo era de 4.763 millones, pero consta que el ritmo al que se ha alcanzado esta cifra a lo largo de la historia no ha sido regular y que tampoco lo será su

Cuadro 1

ESTIMACION DE LA POBLACION MUNDIAL Y DE LOS COMPONENTES DE SU CRECIMIENTO, 1984-2000

Mundo y regiones	Población, 1984 (miles) (1)	Tasa bruta de natalidad (por 1.000) (2)	Tasa bruta de mortalidad (por 1.000) (3)	Tasa porcentual de crecimiento (4)	Población, año 2000 (miles) (5)
Mundo	4.763.004	27	11	1,7	6.127.117
Regiones desarrolladas.	1.165.611	15	10	0,6	1.275.655
Regiones en vías de desarrollo	3.597.393	31	11	2,0	4.851.462
Africa	536.685	46	16	3,0	877.439
América	658.258	25	9	1,7	847.654
Asia	2.777.385	27	10	1,7	3.543.693
Europa	490.456	14	11	0,3	513.110
Oceanía	24.460	21	8	1,5	30.403

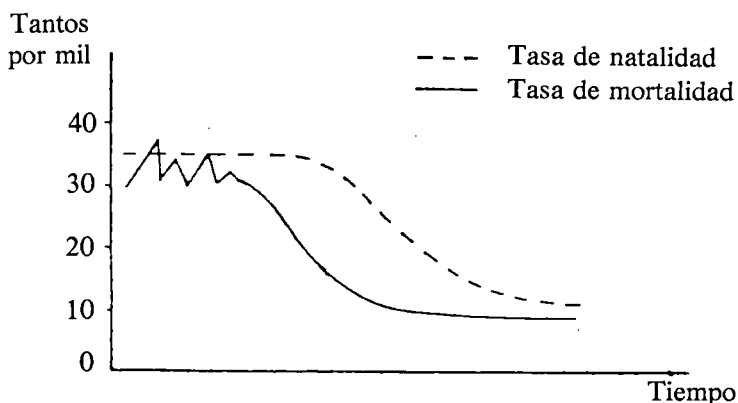
Fuente: *United Nations World Population Chart 1984.*

(*) Sesión del día 14 de mayo de 1985.

evolución en el futuro inmediato. El exceso de los nacimientos sobre las defunciones es la única fuente de crecimiento de la población a escala mundial y la combinación de ambas variables determina su evolución histórica, por lo que es harto elocuente que el primer millar de millones de seres humanos sólo se alcanzara en el mundo hacia 1820, es decir, tras cientos de miles y tal vez millones de años de vida sobre la tierra, mientras que en llegar al segundo, en 1930, solamente se tardaron 110 años y 35 en que hubiera tres en 1965; diez años más en que hubiera cuatro en 1975, y otros tantos aproximadamente en registrar el quinto, seguramente este año o el que viene.

1. LA TEORIA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA

Obviamente, en un mundo finito cualquier tasa de crecimiento acabará llenando materialmente el espacio disponible en un plazo más o menos largo y ello justifica la alarma con la que se ha visto la rápida tasa de crecimiento demográfico que ha prevalecido desde la Revolución Industrial hasta hoy. Por otra parte, si la tasa media de crecimiento de la población mundial fue hasta 1650 aproximadamente de un 0,50 por 100 y por siglo y es actualmente de un 1,7 por 100 anual, ¿a qué se debe este cambio? La explicación más coherente la proporciona la llamada teoría de la transición demográfica, cuyo núcleo básico de datos e interpretaciones ha resistido el paso del tiempo desde que fuera formulada por Frank Notestein en 1945 (1), aún habiendo estado en continua revisión. La teoría parte de la observación de que la natalidad y la mortalidad son elevadas en las sociedades tradicionales y bajas en las modernas, así como de la comprobación de que no hay ninguna de estas últimas con tasas elevadas. De este modo se estableció —como puede verse en el gráfico 1—



(1) FRANK NOTESTEIN: «Population: The Long View», en *Food for the World*, dirigido por Theodore W. Schultz, University of Chicago Press, Chicago, 1945.

una secuencia de tres etapas en la evolución demográfica: una de fuerte crecimiento potencial, al ser altas las tasas de natalidad y mortalidad; una segunda explosiva, que se da cuando disminuye la mortalidad con gran rapidez, manteniéndose la natalidad y una tercera en la que al fin se restablece el equilibrio entre ambas tasas, pero a nivel bajo. En la segunda fase se registró la llamada «explosión demográfica», que está terminada en los países desarrollados y en curso aún en los en vías de desarrollo (2).

La teoría o modelo de la transición demográfica sirve para describir y analizar tanto la evolución de la población desde mediados del siglo XVII, de acuerdo con la experiencia europea, como su situación presente en el mundo, pues todavía se dan las más variadas combinaciones de la natalidad y la mortalidad, aunque hayan cambiado las proporciones de la población total a las que afectan. Esencialmente, sin embargo, la teoría de la transición demográfica está basada en la disminución de la fecundidad y, por tanto, lo que hay que estudiar es lo que ha sucedido con ésta.

En su versión clásica —como ha mostrado Ronald Freedman (3)—, la teoría de la transición demográfica lo es de la modernización, pues establece que determinados cambios en macrovariables tales como la urbanización, la industrialización, el nivel educativo y otras, provocan una dependencia creciente de las grandes instituciones especializadas y una insuficiencia correlativa de las unidades familiares y locales tradicionales para satisfacer las necesidades humanas. El acento se pone, de este modo, en los cambios estructurales objetivos en cuanto generadores de la disminución de la fecundidad, viéndose las nuevas aspiraciones, los cambios en las funciones de la familia y las percepciones actuales de los costes y beneficios de tener hijos como consecuencias ineludibles del desarrollo. Ahora bien, incluso en su aplicación al pasado europeo, esta interpretación plantea algunas dudas importantes, como han mostrado John Knodel y Etienne von de Walle (4). En nuestro continente, según ellos, la disminución de la natalidad aconteció bajo condiciones sociales, económicas y demográficas muy variadas, aunque en un período de tiempo relativamente breve, entre 1880 y 1910 sobre todo. La limitación familiar, que no se practicaba y probablemente desconocían amplios segmentos de la población, se convirtió, una vez empezada, en un proceso irreversible, en el cual los factores culturales influyeron decisivamente y con independencia de las condiciones socioeconómicas.

Ahora, además, la reciente experiencia de la disminución de la natalidad en algunos países en vías de desarrollo ha impulsado a una revisión de la teoría,

(2) Cfr. SALUSTIANO DEL CAMPO: «Problemas sociales de la explosión demográfica», *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. XX, núm. 77, 1971, págs. 25-35.

(3) RONALD FREEDMAN: «Fertility decline. Theories», en *International Encyclopedia of Population*, The Free Press, Nueva York, 1982, vol. I, págs. 258-266.

(4) JOHN KNODEL y ETIENNE VON DE WALLE: «Fertility decline. European Transition», en *International Encyclopedia of Population*, *op. cit.*, vol. I, págs. 268-275.

haciendo principalmente hincapié en el papel de la diseminación de las ideas. John C. Caldwell ha destacado ejemplarmente la difusión de la familia nuclear como elemento de occidentalización, si no de modernización económica, a través de las escuelas y de los medios de comunicación de masas. Para él, «la disminución de la fecundidad en el Tercer Mundo no depende de la extensión de la industrialización ni de la tasa de desarrollo económico. Se verá afectada, desde luego, por ésta en la medida en que la modernización produce más dinero para escuelas y periódicos, dado que la modernización familiar no puede darse en una economía no monetarizada. Ahora bien, la disminución de la natalidad es más probable que preceda a la industrialización y ayude a traerla que la siga» (5).

Por otra parte, si bien es cierto que se necesita algún cambio social para que se deseen menos hijos, se está imponiendo la tesis de que, una vez que esta motivación existe, tanto el concepto como los medios de limitación de la familia pueden desempeñar papeles causales independientes en la determinación del inicio y la velocidad de la limitación de la fecundidad. Es decir, la motivación es una condición necesaria, pero no suficiente, si la idea de limitación no está legitimada por los valores. De aquí que, con el respaldo actual de los medios de comunicación y amparados por el efecto demostración del comportamiento demográfico en los países desarrollados, los programas de limitación de la natalidad pueden producir en los países en vías de desarrollo un efecto imparable.

2. FACTORES SOCIALES DE LA NATALIDAD

Las diferencias en la tasa de natalidad entre países y regiones no son las únicas existentes, pues también se dan entre los grupos sociales según su raza, su religiosidad, su nivel de vida y otras muchas características. No se explican por razones fisiológicas, ya que en ninguna población coinciden la capacidad de procrear (fertilidad) con la procreación efectiva, que es la fecundidad. Biológicamente se estima que la tasa bruta de natalidad jamás ha sido superior a 65 (6) y que el periodo fecundo de las mujeres seguramente dura alrededor de 33 años, habida cuenta de las edades a las que se dan la primera menstruación y la menopausia. Por otro lado, hay que tener también presente que la composición por edad y sexo de la población es importante a estos efectos, que algunas mujeres son estériles o subfértiles, que a los

(5) JOHN C. CALDWELL: «Toward a Restatement of Demographic Transition Theory», *Population and Development Review*, 2 (3/4), septiembre-diciembre 1976, pág. 358. Ver también MICHAEL S. TELBAUM: «Relevance of Demographic Transition Theory for Developing Countries», *Science*, 2 mayo 1975, vol. 108, págs. 420-425. Para Freedman, en cambio, la introducción del modelo de familiar nuclear occidental no es una condición previa indispensable. Vide RONALD FREEDMAN: *loc. cit.*, pág. 261.

(6) Cfr. NACIONES UNIDAS: *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*, vol. I, Nueva York, 1978, pág. 76.

partos les siguen etapas infecundas de duración varia y que se produce a veces mortalidad intrauterina involuntaria.

Pero son las variables no fisiológicas, es decir, las culturales y sociales, las que más influyen en la actualidad en la reproducción humana y las que más lo han hecho igualmente en su evolución histórica. Davis y Blake ofrecieron ya hace casi tres décadas un sistema de variables intermedias en la fecundidad humana que se sigue utilizando aún (7):

I. *Factores que afectan la exposición a las relaciones sexuales («variables de relaciones sexuales»).*

A. Factores que rigen la formación y la disolución de las uniones en el período de procreación.

1. Edad de iniciación a las uniones sexuales.
2. Celibato permanente: proporción de mujeres que nunca tuvieron uniones sexuales.
3. Total del período de procreación pasado después de las uniones o entre ellas:
 - a) Cuando las uniones se interrumpen por divorcio, separación o abandono.
 - b) Cuando las uniones se interrumpen por muerte del marido.

B. Factores que rigen la exposición a las relaciones sexuales entre uniones.

1. Abstinencia voluntaria.
2. Abstinencia involuntaria (causada por impotencia, enfermedad, separaciones inevitables pero temporales).
3. Frecuencia del coito (excluidos los períodos de abstinencia).

II. *Factores que afectan la exposición a la concepción («variables de concepción»).*

A. Fertilidad o esterilidad, afectadas por causas involuntarias.

B. Empleo o no de métodos anticonceptivos:

1. De medios mecánicos o químicos.
2. De otros medios.

C. Fecundidad y esterilidad, afectadas por causas voluntarias (esterilización, subincisión, tratamiento médico, etc.).

III. *Factores que afectan al embarazo y al parto satisfactorio («variables de embarazo»).*

A. Mortalidad intrauterina por causas involuntarias.

B. Mortalidad intrauterina por causas voluntarias.

(7) KINGSLEY DAVIS y JUDITH BLAKE: «Social structure and fertility: an analytic framework», *Economic Development and Cultural Change*, vol. IV, núm. 3, abril 1956, págs. 211-235.

El anterior esquema revela muy bien la complejidad de la procreación humana, puesto que la actuación de las variables que incluye puede producir un aumento o una disminución de la fecundidad. Todavía más, cada una de ellas es independiente de las demás, de modo que sus diferentes valores pueden desembocar finalmente en una tasa aproximadamente igual para dos poblaciones y todas son, a su vez, resultado de decisiones en las que intervienen múltiples factores.

Puede verse muy claro con lo dicho que la natalidad es un hecho social no pre-determinado, en el cual la voluntad de los individuos juega hoy la parte más fundamental. No ha sido siempre así, sin embargo, porque lo tradicional ha sido la aceptación pasiva de las normas sociales relacionadas con la fecundidad. Esta es la razón por la que la tasa bruta de natalidad no ha registrado históricamente grandes variaciones hasta el advenimiento de la Revolución Industrial y los cambios que la acompañan y siguen. Entre ellos se cuentan la alteración del nivel de fecundidad y su naturaleza, que el historiador Banks ha ejemplificado muy bien refiriéndose al caso de la burguesía inglesa del siglo XIX (8):

1. En 1840, un varón de clase media alta no podía casarse hasta ser capaz de mantener a su esposa de acuerdo con su posición social; los maridos eran mucho mayores que sus esposas y los noviazgos largos eran bastante corrientes.

2. Entre 1840 y 1870 se dio en Inglaterra un período de prosperidad que permitió que los hijos, al casarse, exhibiesen los mismos símbolos de *status* que sus padres y, por tanto, el matrimonio no estuviera acompañado por ninguna movilidad descendente.

3. En los años 1870 y 1880 la economía inglesa se estabilizó y aunque las clases medias altas no sufrieron pérdidas de ingresos, sus ingresos futuros estimados subjetivamente dejaron de ser crecientes y ello conllevó que ya no pudiesen hacer una ostentación simbólica comparable a la de sus predecesores.

4. Forzados a ordenar sus presupuestos, los miembros de este sector social tuvieron que elegir entre maximizar los símbolos de *status* para sí o para sus hijos. La opción se resolvió a favor de estos últimos y se materializó a través de las inversiones en educación.

5. El elevado coste de la educación exigió que el número de hijos se redujese y que se espaciaran los nacimientos.

6. El mecanismo para la reducción pudo conocerse merced a la publicidad de los medios anticonceptivos derivada del juicio criminal de Bradlaugh-Besant.

7. Este grupo disfrutaba precisamente —incluidas las mujeres— de la educación imprescindible para leer y entender la literatura neomalthusiana.

(8) J. A. BANKS: *Prosperity and Parenthood*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1954.

La anterior descripción del comportamiento racional y calculador de un grupo histórico concreto sirve para poner de manifiesto que ninguna sociedad se despreocupa de la conducta reproductiva de sus miembros, aunque haya quien opine lo contrario. Las normas sociales que rigen la fecundidad son soluciones generalizadas para los problemas sexuales y de reproducción, que se inculcan a los individuos a través del proceso de socialización entendido en sentido amplio. Ahora bien, afirmar que una determinada sociedad tiene altas tasas de natalidad porque cuenta con normas que dictan eso no es una verdadera explicación, como tampoco lo es decir que antes la fecundidad era alta porque la tradición imponía tener muchos hijos, mientras que ahora la racionalidad exige tener menos y que las familias consten de pocos miembros. Sería —dice Ryder— (9) una simplificación de la historia social interpretar la actual reducción de la fecundidad como una consecuencia directa del desarrollo de la inteligencia, como lo sería igualmente adscribir la baja fecundidad a la difusión del materialismo. En realidad, las sociedades más materialistas son aquéllas en las que se vive al nivel de subsistencia, porque no queda en ellas ningún resquicio para otras preocupaciones.

Propiamente hablando, donde han prevalecido las normas de fecundidad elevada la causa ha sido su racionalidad, es decir, que en el contexto particular en que regían eran orientaciones lógicas de medios a fines. En las sociedades donde eso pasaba, la mortalidad era alta y la base de la organización económica productiva era la explotación agraria familiar. De este modo y siendo el trabajo humano la principal fuente de energía, los hijos eran necesarios para ayudar en el campo, para defender al grupo de los ataques de los demás y para asegurar la vejez de los padres.

En aquellos países subdesarrollados donde los matrimonios tienen muchos hijos —porque hay ya bastantes donde la natalidad ha disminuido— los desean porque los desean los grupos a los que ellos pertenecen. La clave fundamental para explicar la disminución de la fecundidad no está, así, en la introducción de la racionalidad, sino en el cambio del centro ordenador de los actos racionales y sus objetivos, que sustituyen los fines familiares por los individuales.

En las sociedades agrarias se contrae matrimonio a edades muy tempranas, incorporándose los nuevos esposos a la unidad económica familiar, que dirige por lo general el patriarca. Como en ese medio productivo todo trabajador adicional es valioso e importante, los cónyuges tienen hijos para el bien del grupo de parentesco. Sin embargo, al iniciarse en Europa el capitalismo se impone como norma un nuevo tipo de familia, la nuclear o conyugal, a cuyo cargo corren el mantenimiento y la educación de los hijos. Como consecuencia de eso, se retrasa la edad de casarse porque ya la explotación agrícola familiar no va a proporcionar trabajo seguro y éste

(9) NORMAN B. RYDER: «The character of modern fertility», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, enero 1967, pág. 32.

ha de buscarse en el medio industrial urbano. Entonces se introduce la fecundidad moderna y el interés de los individuos evoluciona desde la familia de orientación a la de procreación, es decir, desde la de sus padres a la suya propia.

En este proceso influyeron de manera fundamental el descenso de la mortalidad y el desarrollo económico que se dio en las ciudades. Antes, todo estaba adaptado a las condiciones de elevada mortalidad, en las que como los cónyuges podían fallecer pronto, y como la mortalidad infantil era enorme, se precisaba una fecundidad alta para producir familias pequeñas. De este modo, las familias numerosas fueron consecuencia de la reducción de la mortalidad. Al mismo tiempo, el desarrollo económico multiplicó las oportunidades de empleo en Europa y en el Nuevo Mundo para los miembros de las familias agrarias que escapaban del medio rural y entonces —según piensa Ryder (10)— se produjo una transformación normativa crucial: se institucionalizaron los derechos individuales frente a los de la familia y se sentaron las bases para el predominio de la baja fecundidad mediante una serie de medidas legales que prohibieron el trabajo de los niños, impusieron la enseñanza primaria obligatoria y mejoraron el *status* social de las mujeres.

Nadie puede ignorar hoy la complejidad que encierra la evolución desde la alta natalidad prevaleciente en las sociedades tradicionales a la baja que caracteriza las sociedades industriales avanzadas, así como que en el mundo actual se dan niveles muy diferentes de fecundidad y que el crecimiento de la población total depende sobre todo de ella por haberse generalizado ya la baja mortalidad. La consciencia de esta situación llevó en 1972 al Instituto Internacional de Estadística, en cooperación con la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, a iniciar la Encuesta Mundial de Fecundidad, que es, fuera de toda duda, la investigación social más importante que jamás se haya realizado (11).

3. DESCENSOS GENERALES DE LA FECUNDIDAD Y SUS CAUSAS

Las estimaciones de las Naciones Unidas indican que entre 1970-75 y 1980-85 el número medio de hijos por mujer en los países desarrollados disminuyó en un 22 por 100, pasando de 4,5 a 3,6, mientras que en los en vías de desarrollo descendió en un 26 por 100, bajando de 5,5 a 4,1 (12). En gran medida esta reducción se debe a China, donde ha representado un 54 por 100, si bien ha sido también importante —superior al 20 por 100— la experimentada en otros 26 países en vías de desarrollo, que poseen una población combinada de más de 1.000 millones de habi-

(10) *Ibidem*, pág. 33.

(11) Véase E. GREBENIK: *The World Fertility Survey and its 1980 Conference*, WFS, Londres, 1981.

(12) NACIONES UNIDAS: «World Population Trends and Policies, 1983 Monitoring Report» (Documento de Trabajo de la División de Población, IESA/P/WP. 82 y Add 1), Nueva York, 9 diciembre 1983, pág. 234.

tantes (13). En el conjunto de Africa, sin embargo, la fecundidad no ha disminuido e incluso ha aumentado en algunos países y en América Latina la mayor reducción —superior al 25 por 100— se produjo en los países de América Central y el Caribe durante el mismo período. En Asia meridional, que incluye la India y otros países del subcontinente, la disminución de la fecundidad ha sido del 18 por 100 (14).

La realidad de este descenso ha conducido a algunos demógrafos a predecir «que la población total del mundo será de 5.800 millones al final de siglo y no de 6.000 como había proyectado el Banco Mundial o 6.300 según las Naciones Unidas» (15). En los países desarrollados la fecundidad es ya muy baja y su situación requiere un comentario especial, pero en los que están en vías de desarrollo debe dilucidarse en qué medida la reducción de la natalidad tiene que ver con su progreso socioeconómico o con los programas de planificación familiar. Por desgracia, las mejoras en el nivel de vida de estos países han sido lentas y escasas (16). No sucede lo mismo, en cambio, con la limitación voluntaria pero inducida socialmente de la natalidad, que es un gran suceso de nuestro tiempo.

Entre los hechos demográficos más significativos producidos de la Segunda Guerra Mundial destacan el llamado *baby boom* y la posterior caída de la natalidad en los países desarrollados, así como el actual incipiente descenso de la fecundidad en los que aún están en vías de desarrollo. El primero constituye todavía objeto de diferentes interpretaciones, pero nadie previó que a finales de los años cuarenta y durante los cincuenta en USA, como después en otros países, la natalidad aumentaría por el efecto del adelanto en contraer matrimonio y en el nacimiento de los hijos. Los americanos siguen hoy divididos entre dos explicaciones. Una se apoya en que en aquellos lustros se dio un cambio muy generalizado en las actitudes ante la familia y el hogar, que fue o una reacción ante la honda perturbación provocada por la Guerra Mundial o una consecuencia de la prosperidad que la sucedió, o una mezcla de ambas cosas. Otra hace hincapié en las peculiaridades de las cohortes que alcanzaron la edad reproductiva en la década 1950-1960, señalando el efecto profundo que tuvo en sus actitudes haber pasado la niñez en la Depresión y encontrarse de pronto con un estado bastante favorable del mercado de trabajo a causa de la relativa escasez de competidores para los empleos disponibles (17).

(13) *Ibidem*, pág. 33.

(14) Cfr. RAFAEL M. SALAS: *Estado de la población mundial, 1984*, Nueva York, 1984, pág. 6. Un informe aún más reciente y detallado de Naciones Unidas confirma que «está en marcha una significativa y generalizada disminución de la fecundidad» (vide «La situación demográfica en el mundo en 1983». Nueva York, 1985, págs. 30 y ss.).

(15) AMY ONG TSUI y DONALD J. BOGUE: *Declining World Fertility: Trends, causes implications*, Population Reference Bureau, vol. 33, núm. 4, octubre 1978, pág. 6. Donald J. Bogue había tomado ya en 1967 la postura de que la planificación familiar haría que «en torno al año 2000 el crecimiento de la población dejaría de ser un problema importante salvo en áreas “retrasadas”, pequeñas y aisladas». Cfr. «The end of the population explosion», *The Public Interest*, núm. 7, primavera 1967, pág. 19.

(16) AMY ONG TSUI y DONALD J. BOGUE, *op. cit.*, pág. 22.

(17) Cfr. ANDREW J. CHERLIN: «Explaining the postwar baby boom», *Items*, vol. 35, núm. 4, diciembre 1981, pág. 62.

En la actualidad, como es notorio, la fecundidad más baja se da en Europa, América del Norte, Japón, Oceanía y la URSS. En 14 de los 22 países que componen estas regiones la fecundidad total se hallaba en 1977 por debajo del nivel de sustitución. Se conoce menos que hay también signos fehacientes de un descenso de la fecundidad en bastantes países subdesarrollados. El cambio en el deseo de tener hijos ha sobrevenido en ellos muy drásticamente: se calcula que alrededor de la mitad de las mujeres casadas en edad reproductiva no quieren más hijos, pero el 50 por 100 de ellas no usan métodos eficaces de planificación familiar (18). En los países desarrollados, las generaciones más jóvenes prefieren tener menos hijos —como lo demuestran repetidas encuestas realizadas en los países del Mercado Común— y tienen mayor éxito en satisfacer sus deseos que sus antecesores (19). En el caso de Francia y para las familias ya completas, la distribución porcentual es la siguiente (20):

<u>Número de hijos</u>	<u>Porcentaje que los ha tenido</u>	<u>Porcentaje que los considera ideal</u>
0	7	1
1	16	1
2	32	44
3	21	47
4	13	6
5 o más	11	1
Total	100	100

El uso de medios anticonceptivos se ha generalizado en el mundo, aunque todavía se registran grandes diferencias entre las poblaciones y entre los segmentos de una misma población. La práctica de la anticoncepción depende, como es lógico, del conocimiento y de la disponibilidad de los medios, así como de las actitudes que hacia ellos se tengan, de acuerdo con los propios valores. La Iglesia Católica repudia todos los artificiales, aunque autoriza el recurso a los que llama naturales y proclama la paternidad responsable. Las encuestas KAP (de conocimiento, actitudes y prácticas) han aumentado nuestro saber sobre el estado actual de la anticoncepción en el mundo y de ellas la más notable es, como ya se ha dicho, la Encuesta Mundial de Fecundidad. De acuerdo con sus resultados, la mayoría de las mujeres de los países subdesarrollados usan alguno de los métodos modernos y, sobre todo, la píldora, aunque también la esterilización femenina es importante en ciertos países. En con-

(18) U. N.: *Report on monitoring of population trends*, Nueva York, 1981 (ciclostilado).

(19) ALAIN GIRARD y LOUIS ROUSSEL: «Ideal family size, fertility and population policy in Western Europe», *Population and Development Review*, vol. 8, núm. 2, junio 1982.

(20) ALAIN GIRARD: «Dimension idéale de la famille et tendances de la fécondité. Comparaisons internationales», *Population* 31, núm. 6 (1976), pág. 1125.

junto, puede afirmarse que si bien el dato más sobresaliente de los países subdesarrollados es el incremento del uso de todos los métodos conocidos de control de la natalidad, en los países desarrollados lo característico es el cambio de uno a otro u otros, pues su empleo es ya común (21).

4. LA BAJA DE LA MORTALIDAD

Por otro lado, y desde la perspectiva del presente, se ha podido señalar que el gran descenso experimentado en la mortalidad durante los últimos doscientos cincuenta años se debe a un conjunto de factores, entre los que sobresalen los diez siguientes: la mejora en las técnicas de explotación agraria, la introducción del sistema fabril de producción, la mejora de los transportes, las reformas sociales que han regulado el trabajo humano, empezando por la limitación del número de horas para los niños; la capacidad para controlar la temperatura y humedad en la casa y en el lugar de trabajo, la mejora de la sanidad ambiental y pública, la higiene personal, el desarrollo de la asepsia y de la antisepsia, la inmunología y los cambios en las enfermedades y el aumento de las defensas del organismo contra ellas (22). El profesor Hauser ha sintetizado muy bien esta larga lista en los siguientes tres factores: el incremento general en el nivel de vida, resultado de los avances técnicos y del aumento de la productividad, así como el disfrute de largos períodos de paz y de tranquilidad gracias a la aparición de gobiernos centrales relativamente poderosos y estables; la higienización del medio vital y la mejora de la higiene personal, ya que durante el siglo XIX se adelantó firmemente en la purificación de los alimentos y del agua y en el mejoramiento del aseo personal, que contribuyeron materialmente a la eliminación de enfermedades parasitarias, infecciosas y contagiosas, y la contribución cada vez más amplia e intensa de la medicina moderna, mejorada con el progreso reciente de la quimioterapia y de los insecticidas (23).

5. HACIA EL CRECIMIENTO DEMOGRAFICO CERO

Todo lo dicho hasta aquí sustencia que la natalidad ha descendido ya en el mundo en vías de desarrollo y que en los países desarrollados se ha entrado de modo pleno en la última etapa de la transición demográfica, caracterizada por bajas tasas de natalidad y de mortalidad. La dirección del proceso parece clara, aunque, natu-

(21) U. N.: *Report on monitoring of population trends*, 1981, citado, págs. 155-158. También HENRI LERIDON: «La fecundidad y la anticoncepción en doce países del mundo desarrollado», en *Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar*, vol. 7, núm. 2, junio 1981, págs. 64-72, y UNITED NATIONS: *Factors affecting the use and non-use of contraception*, Nueva York, 1979.

(22) Cfr. RALPH THOMLINSON: *Population Dynamics*, Random House, Nueva York, 2.^a edición, 1976, págs. 97-100.

(23) PHILIP M. HAUSER: *La sociedad caótica*, Ariel, Barcelona, 1972, págs. 162-163.

ralmente, alcanzar una población estacionaria ha de llevarnos aún mucho tiempo. La variante media de las proyecciones de las Naciones Unidas según la evaluación de 1980 indica que la tasa anual de crecimiento será aún de 0,10 para todo el mundo en el quinquenio 2075-2080, y sólo a principios del siglo XXII se iniciará un leve crecimiento negativo. A largo plazo, pues, ésta parece ser la tendencia, y en el momento presente existen ya bastantes países con una tasa neta de reproducción inferior a la unidad, lo cual quiere decir que en ellos no se da el reemplazamiento de una generación por la siguiente. Desde el punto de vista sociológico se aprecia así, a escala mundial, el cumplimiento de la que Bogue llama teoría de la regulación demográfica (24), que establece que cada sociedad tiende a equilibrar sus procesos vitales según lo consideren deseable sus normas colectivas, que, por otra parte, son flexibles y capaces de ajustarse a los cambios en la economía y su relación con la población total. La cuestión es que todo esto no sucede de una manera muy simple y que conviene tener presente lo que supone para una sociedad cualquiera el crecimiento demográfico cero.

Ni la tasa actual de crecimiento podría haber regido en el pasado durante un período extenso ni lo va a hacer en el futuro. Dado que a largo plazo en un mundo finito como el nuestro cualquier ritmo de crecimiento produce la saturación, declararse a favor del crecimiento cero es como hacerlo en pro de la ley de la gravedad, según ha señalado Hauser muy acertadamente. El crecimiento cero no es en sí mismo ni bueno ni malo; es simplemente inevitable. El problema está en cómo llegará y por qué métodos. Si viniera por sí mismo lo haría a través del aumento de la mortalidad, mientras que la intervención del ser humano puede lograrlo a través del control de la concepción, de la natalidad o del de la población. El primero consiste simplemente en el empleo de los métodos anticonceptivos, y en él se apoyan los movimientos de planificación familiar; el segundo incluye también el aborto, que a pesar de su amplia difusión es objeto de un profundo rechazo en muchos países; el tercero tiene en cuenta la relación entre la natalidad, la mortalidad y la migración y se instrumenta mediante una política que afecta a estas variables, siquiera a menudo permanezca implícita.

Ahora bien, la inevitabilidad del crecimiento demográfico cero no debe hacernos olvidar que, con una tasa neta de reproducción inferior a la unidad, las sociedades occidentales tardarían alrededor de setenta o setenta y cinco años en conseguirlo, ni que una vez logrado muchas de sus consecuencias secundarias serán poco o nada apetecibles. Por de pronto, la edad media de la población se elevará a cuarenta años desde los menos de treinta actuales. Los jóvenes menores de quince años pasarán a ser el 15 por 100, en lugar del 22, como lo son ahora en los países desarrollados, y del 38 por 100 que son en los subdesarrollados. Eventualmente, el porcentaje de población mayor de sesenta años se estabilizará alrededor del veinticuatro.

(24) DONALD J. BOGUE: *Principles of Demography*, Wiley, Nueva York, 1969, págs. 51-53.

El ritmo al que se debe marchar hasta la definitiva conversión de la población humana en estacionaria es asunto de consenso democrático y no de imposición endógena y mucho menos exógena. Va a ser dura la transformación y la meta está lejos, como muy bien se han encargado de destacar autores como Alfred Sauvy (25). Las predicciones alarmistas sobre el porvenir inmediato son, por lo general, de muy difícil, por no decir imposible, cumplimiento, pero se debe ser consciente de lo que nos aguarda y no ignorar que cabe establecer democráticamente objetivos relacionados con la población, la disponibilidad de alimentos y el medio ambiente, que dejen lugar para los adelantos tecnológicos que son previsibles y para otros que no lo son en este momento.

El Consejo de Europa ha dedicado recientemente un meritorio trabajo a la valoración de las consecuencias económicas y sociales de una población estacionaria que, por descontado, van mucho más allá del simple envejecimiento (26). La tasa de dependencia —esto es, el número de personas de menos de quince años y de más de sesenta y cinco por cada mil que trabajan— no solamente aumentará, sino que cambiará en su composición interna, disminuyendo la carga que actualmente supone la educación de las nuevas generaciones, variando la productividad en el trabajo, alterándose el *status* de las mujeres y presentándose problemas nuevos relacionados con la promoción en los puestos de trabajo. Esto, aparte de su efecto tanto en los programas de salud pública como en los de la seguridad social, destruyendo el pacto implícito que existe entre las generaciones. Claro que algunos científicos sociales consideran que la nueva situación ofrece, en cambio, la oportunidad de reajustar las prioridades sociales, reduciendo, por ejemplo, la demanda de recursos naturales, incrementando el tiempo libre, disminuyendo las tensiones sociales y logrando el mejoramiento continuo de la condición social de la mujer (27). Todo un reto, en cualquier caso.

(25) ALFRED SAUVY: «Le navire», *Revue Française de Sociologie*, vol. XVIII, 1977, págs. 187-200.

(26) COUNCIL OF EUROPE: *Population Decline in Europe*, Edward Arnold, Londres, 1978. Ver también JEAN BOURGEOIS-PICHAT: *La transition démographique en Europe*, Consejo de Europa, Estrasburgo, 1982.

(27) DEIRDRE WULF: «La baja fecundidad en Europa: Un informe sobre la reunión de la UIECP en 1981», *Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar*, vol. 8, núm. 2, junio 1982, págs. 66-72.